

A high-angle photograph of a person walking away on a cobblestone street. The person is wearing a wide-brimmed straw hat with a black band, a bright red poncho, and a colorful striped shawl. Their skirt is dark with a colorful geometric pattern. The street is made of irregular grey stones.

Chuquiago

Deriva de La Paz

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



MIGUEL
SÁNCHEZ-OSTIZ

PAMPLONA, 1950

Novelista, articulista, crítico de arte y literatura, ensayista, dietarista, poeta, también ha hecho incursiones en la literatura de viajes. Su figura de referencia es Pío Baroja, de quien ha publicado varios trabajos biográficos y ensayos. Es la suya una obra ecléctica y singular en el panorama de nuestras letras, merecedora de algunos de los grandes galardones literarios, entre ellos el Premio Herralde por su novela *La gran ilusión* (Seix Barral, 1989), el Premio Nacional de la Crítica en 1998 por *No existe tal lugar* (Anagrama, 1997), el Príncipe de Viana de Cultura, 2001 y, un año más tarde, el premio Euskadi de Literatura por su ensayo *Sin tiempo que perder* (Alberdania, 2009).

Autor de una obra ingente afinada en varios registros bien provistos de humor, vitalidad y, sobre todo, un espíritu entregado a toda suerte de intereses, como se percibe en su blog *Vivir de buena gana*. Entre la veintena de novelas, algunas tan arriesgadas como *Las pirañas* (Seix Barral, 1992), o *El escarmiento y Perorata del insensato*, ambas en Pamplona; sin olvidar que la lista de sus diversos poemarios, ensayos y dietarios es realmente extensa.

Bolivia se ha convertido en una pasión tan particular que ya ha alumbrado varios títulos: *Cuaderno boliviano* (Alberdania, 2008), este *Chuquiago. Deriva de la Paz* que ahora editamos en versión española y muy pronto *Cirobayesca boliviana* (Renacimiento).



Chuquiago

Deriva de La Paz

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título original: *Chuquiago. Deriva de La Paz*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: marzo de 2018

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: Miguel Sánchez-Ostiz, 2018

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-3996-2018 | ISBN: 978-84-15958-82-6 | IBIC: WTL; 1KLSL
Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CHUQUIAGO

DERIVA DE LA PAZ

-

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

-

COLECCIÓN

FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS

Nº9

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

Chuquiago Marka	(015)
La plaza de San Francisco	
o el gran teatro de La Paz	(022)
«¿Cuándo, carajo?! ¡Ahora, carajo!»	(033)
<i>American visa</i>	(036)
¿Una de burundanga?	(040)
Y volver, volver...	(052)
«¿Qué le gusta de La Paz?»	(054)
Ricardo García Camacho	(056)
Viscarra, un (pesado) mito literario	(059)
El Averno y el callejón Caracoles	(071)
<i>El cementerio de los elefantes</i>	(075)
Hotel de los agachados	(079)
El soroche	(080)
La plaza de San Francisco (vuelta)	(082)
La cárcel más loca del mundo	(087)
El Café Ciudad	(097)
Plaza Murillo y alrededores	(100)
Eugenio Noel en el Hotel París	(105)
Giménez Caballero en La Paz	(109)
El Olympic	(112)
La noche pacaña	(116)
Cementerio de la Llamita	(120)
«¡Como leña pues!»	(125)
Bolivia, parque temático	(133)
Juan Conitzer en su tierra de maravillas	(139)
Las cocanis	(143)
Día de la exaltación de la hoja de coca	(152)
Por la ruta de las ratas	(155)
Los Novios de la Muerte	(162)
Cementerio General	(167)

Cementerio general, exterior, día	(174)
Zona Sur	(179)
Walter Benjamin en La Paz	(183)
El mercado Rodríguez	(190)
Imágenes paceñas	(195)
Jean-Edern Hallier en el Hotel España	(203)
Los lustrabotas	(209)
La calle Sebastián Seguro y los choros	(212)
«¡Hay bloqueo!»	(216)
Judíos en La Paz	(219)
Desaparecidos	(226)
Los juntacositas	(229)
Deriva de Pampahasi	(235)
Carnavales paceños	(241)
La feria de Alasitas	(242)
Calle Los Andes	(249)
El tapado de Cecilio Guzmán de Rojas	(255)
Jardín de los desaparecidos	(263)
Allen Ginsberg en La Paz	(264)
Filicidio	(266)
La vuelta del gitano	(277)
GLOSARIO	(283)

Para Dominique
y para Javier García-Larrache,
en su recuerdo.

CHUQUIAGO MARKA

Eran ciudades grandes, oscuras,
los ruidos, los olores, los habitantes,
en esas ciudades, eran una cosa extraña,
y dejaban un recuerdo imborrable
en la memoria del extranjero.

El extranjero, a su paso por esas
ciudades, solo vivía para mirar y
escuchar, pues el único modo de
poseionarse del olor siempre nuevo
y desconocido que de ellas manaba,
era mirar y escuchar.

JAIME SAENZ en *La piedra imán*

Mirar y escuchar, cierto, pero para hacerlo hay que patear las ciudades sin rumbo fijo, patiperreando, a la deriva, un paso detrás de otro. Es preciso dejarse tentar por patios, portales, comercios, callejones como boca de lobo; seguir el rastro del aroma de un plato al paso; ir hacia esos detalles que las luces cambiantes descubren y que de ordinario resultan invisibles; aceptar la invitación de un postillón de vagoneta de viajeros que abre su puerta a la voz de «¡Obrajes!» «¡Garita!»..., arriba pues, ya bajarás; también hay que quedarse quieto en una esquina, inmóvil, a la espera, o sentado a la mesa de un café e intentar desde ese observatorio el agotamiento de un rincón, de un lugar. Solo que eso, en La Paz, se revela una tarea literaria colosal, imposible, brava, nada parisina, así te sientes en el cafetín de la Alianza Francesa, arquitectura en absoluto indígena, sobria y audaz, de Juan Carlos Calderón, arquitecto, persona para mí inolvidable, o en los

café de la plaza Abaroa, o en el Café Ciudad de la plaza del Estudiante. Dependiendo de dónde te sientes ves pasar ciudades distintas. La Paz, ciudad fragmentaria, rompecabezas, fresco inacabable.

La ciudad atrapada por la cola, como el picassiano deseo. Me voy, ya sé, no por las ramas, sino por las calles del laberinto ciudadano porque no sé por dónde empezar, pero patear una ciudad es dejarse ir. Enseguida te darás cuenta de que cada peatón solitario de la ciudad es un diablo que juega truco con sus ensoñaciones.

¿Por qué La Paz y no otra ciudad? Tal vez, solo tal vez, conteste a esa pregunta con estas páginas. La Paz es una ciudad que engancha. Es dura, agobiante, incómoda, pero engancha. Nunca me he cansado de patear sus calles. No me importa confesar que tengo miedo a contar de esa ciudad por si el hacerlo equivale a despedirme de ella y a enterrarla; por eso sé que me voy a dejar cosas olvidadas a propósito por los rincones, como guijarros de Pulgarcito: el miedo a lo definitivo, a que la riada de la vida y su tumulto te lleve consigo al rincón de las almas perdidas, al de los conjuros que te dejan con las manos vacías y el alma acongojada.

Demos pues un sonoro golpe de platillos de arranque de esta diablada. Allá vamos, que empujen las tubas.

«Recuerdo imborrable», lo dice Jaime Saenz, poeta, sí, pero maldito, escritor de culto, más o menos legible, dependiendo más de sus lectores que de su obra, pero muy citado, por haberse convertido en un mito sombrío, tan celebrado como execrado, e indisolublemente unido a La Paz, su ciudad, como si no hubiera otra La Paz que la suya, ni otra mirada, cuando hay tantas como viajeros o como mirones; tan indisolublemente unido a La Paz, digo, como el pintor, activista político anarquista y

escritor Arturo Borda lo estuvo con el Illimani, tal y como aparece al fondo de la calle Camacho o desde lo alto de la avenida Buenos Aires, a lo lejos, rosáceo o violeta al anochecer: «El Illimani era su tema», escribirá Saenz cuando evoque a Borda.

Cuando te pones a la tarea de escribir de lo vivido, de lo recordado, de lo que todavía te emociona y te alegra la vida, tienes que admitir que nada es como lo viste por primera vez, ni tampoco como lo recuerdas. Lo que tú pones en escena es una evocación de lo visto y, a tu modo, vivido. Y tal vez des, entonces, con la explicación de por qué te fascina tanto La Paz y no otras ciudades; de por qué tus viajes chilenos o bolivianos han acabado dando en sus calles vertiginosas, esas que te ponen el corazón en la boca, pese a reconocer que cada vez que has creído tener a la ciudad en tus manos de papel, esta se te ha escapado.

Hay ciudades en las que entras a pie y solo así, y otras, que son las mismas, en las que para hacerlo te ayudas de lo que has leído sobre ellas, páginas que te dan pistas y te incitan a viajar a su encuentro y a patearlas; sin olvidar a sus lazarillos, sin los que probablemente no hubieses logrado entrar allí donde entraste, porque no lo habrías siquiera visto, y que te ponen en bandeja su ciudad con la vaga esperanza de contagiarte su pasión o su encono, y no siempre confiando en que los hagas tuyos... Ah, y sus canciones también, que las tiene, guías de este patiperreo urbano, deriva, husma impertinente, no lo sé con certeza.

Chuquiago, Chuqui apu en lengua aimara, luego Chuquiago Marka y luego La Paz, capital político-legislativa de Bolivia, pero no constitucional, un lugar al que nunca se me había ocurrido ir y en el que no se me había

perdido nada, o no más que en cualquier otro sitio, incluido el propio, si es que lo tengo, que no creo, ya no creo. Que no se te haya perdido nada en algún lugar es también un buen motivo para viajar y para poder preguntarte «¿Pero qué demonios hago yo aquí?». La hipotética búsqueda de tu lugar en el mundo es otro de los motivos, más lírico y más falso también. No queda mal en el papel, pero dudo que pase de ser una grandilocuencia de *travel writer* en campaña que dice viajar a los confines, viajar a secas, para encontrarse a sí mismo. En la realidad te puede pasar que lo hagas y que no te guste lo que encuentres, y que te des cuenta entonces de que el viaje no merecía la pena.

Convengamos, sí, en esa búsqueda, porque ese *Otro* con el que me he tropezado en La Paz es un tipo más dichoso, o así al menos lo recuerdo, que el que hace a regañadientes el bulto del regreso y más tarde, en la melancolía del recuerdo, advierte el tiempo pasar en su contra.

En todas las ciudades hay siempre una primera vez, una primera llegada y unas primeras imágenes que resultan inolvidables y marcan el ejercicio del recuerdo. Para mí esas imágenes fueron las de la ciudad de El Alto vista desde el aire, gracias a las evoluciones que hizo el avión para aterrizar. Fue en el mes de junio del 2004. El Illimani vendría en otro viaje, pero las primeras imágenes fueron las de esa ciudad que ha ido creciendo alrededor del aeropuerto con la avalancha migratoria, y las de la Cordillera Real al fondo.

Yo no vi llamas pastando en las pistas del aeropuerto de El Alto, como vieron otros, en otro tiempo, o eso dijeron para darle colorido a la estampa: el escritor falangista y diplomático Agustín de Foxá, conde de

Foxá, hacia 1950¹, en viaje de propaganda franquista. No, las cosas no son tan exóticas, aunque así las pintemos cuando nos conviene, cuando hay que sacarle rendimiento al viaje poniendo en escena algún episodio extraordinario, que llame la atención del posible lector, contar algo que otros no hayan hecho ni visto, y más ahora, en tiempos de tenaz exhibición personal en la Red: «¡Eh, que estoy aquí... donde tú no estás!». Los manuales para viajeros en casa pertenecen a otra época. Para hablar de viajes, la banalidad, lo que todo el mundo puede ver, lo accesible, es mal negocio, pero buen tema literario, depende de la escritura. Y la mayoría de los viajes resultan banales, van por caminos trillados, aunque para quien los hace sean extraordinarios y de esa forma nos veamos protagonizándolos. Para eso viajamos también, para salir de nuestra rutina, para vivir algo que no esté en ella atrapado.

En aquella primera ocasión, llegaba de Chile, buscando no sé qué. Nada, pura necesidad de moverme, porque de Bolivia solo sabía que allí había muerto el Che Guevara, alguna vaga información del estaño de Patiño, el nombre de Paz Estenssoro en boca de algún *todolosabe* patrio de mi infancia y que fuera un refugio ocasional de maleantes europeos... Poco más. Ni siquiera la pichicata o la perica de los felices ochenta era boliviana, sino colombiana o de allí decían que venía. No había leído nada sobre Bolivia, *L'homme à cheval* de Drieu la Rochelle no cuenta para este viaje y la autobiografía de la Monja Alférez tampoco.

Escribí en mi diario de viaje que Bolivia subió al avión en Iquique, en el norte chileno, puerta de su desierto. Lo dije por los rasgos raciales de los corpulentos

1 DE FOXÁ, AGUSTÍN. *Por la otra orilla*, Cultura Hispánica, Madrid, 1955, p. 105.

originarios que allí embarcaron, cubiertos con ponchos rojos y tocados con sombreros negros. Para entonces el viejo ferrocarril de Arica a La Paz había dejado de funcionar.

Desde el aire pude ver los brillantes tejados de calamina del caserío de El Alto, las iglesias bávaras que luego supe eran las del cura Obermaier, la tierra pardo amarilla, los corralitos, las calles tiradas a cordel que parecen perderse en la nada, los cauces pedregosos de los ríos... y en vez de llamas, lo que vi fueron los desven- cijos aviones «de la carne» en los que llegaba el suministro de esta para los mercados paceños desde el Beni. Sus fuselajes maltrechos, de color gris metálico, centelleaban al sol. Aviones muertos y torbellinos de aire que aparecían sorprendidos y recorrían las pistas y los pastos aledaños. He tenido muchas oportunidades de volver a ver esos torbellinos, alguna vez casi con el deseo de que uno de ellos me agarrara y llevara por los aires de Bolivia, como los diablos de Mujica Láinez, de un lado para otro, en un tiempo sin tiempo, el del verdadero viaje interior.

Al poco de salir del aeropuerto me topé de lleno con el escenario de la inmigración boliviana, la incontable gente que abandona el campo, de todas partes, de los pueblitos terrosos del altiplano, de los Yungas o del norte de Potosí, y acude al hormiguero urbano, el de la prosperidad de unos y la miseria de otros, el de la busca, el del hampa también, por la calle Carrasco y aledaños; calles temibles al caer la noche, dicen los que las frecuentan, aunque también lo sean de día.

Esas, pavimentadas a la diablo, son las calles de los mercados callejeros de llamas, los despojos sangui- nolentos y los perros que acuden reñidores a por las pil- trafas; las de los barrizales, los galpones de almacenaje de contrabandos diversos y los corrales donde venden

gallos o perros para peleas; las de las antipáticas fachadas de ladrillo y los modernos diseños de arquitectura aimara, vidrios y metales refulgentes, colores violentos, soles y geometrías tiwanakotas que pueden resultarte delirantes, pero son muestras de una asombrosa pujanza económica; las del pulule y el mercadeo incessantes, las de los anuncios y más anuncios, peluquerías, informática, chicharrón, alojamientos, saunas, llantas, materiales de construcción, callapos, ferrallistas y metalistería, chispas de soldadura... y más en sábado, que es el día que llegué. Una actividad febril. Al mercado de La Ceja iría unos años más tarde en compañía de Ricardo García Camacho, poeta y mi amistoso lazarillo paceño, vaya esto por delante.

Aquel día de junio, la gente iba de un lado a otro cargando toda clase de cosas —colchones, cocinas, retretes, tuberías, corderos despiezados..., recuerdo ahora a voleo— y atropellándose, en un zigzaguo continuo, que más que evitarse parecía tener por objeto tropezarse, la molestia mutua, algo muy común en La Paz. Colorido de aguayos cargados a reventar, chullos, sombreros, polleras de colores vivos y brillantes, andares bamboleantes, carretillas, bultos colosales a la espalda. Gritos y bocinazos de micretas cargadas hasta los topes, buses embarrados, pero decorados con llamativas fantasías de animales prehistóricos, águilas, gorilas, guerreros... Y a lo lejos, los nevados, el Illampu y el Huaina-Potosí, cegadores al sol, con un fondo teatral de nubes oscuras.

Y luego, de pronto, la hoyada. La ciudad apareció allí abajo, acumulativa, desordenada, entre nubes de tormenta y golpes de sol que hacían refulgir los vidrios y los metales de los rascacielos y, a lo lejos, las cumbres nevadas del Illimani. Decir que era hermoso, es poco. De cataclismática la habría, sin duda, calificado Ramón

Gómez de la Serna. Esa visión ni la olvidas, ni deja nunca de sorprenderte. La esperas, casi solo para decirte que has regresado.

Lo que vino a continuación, en cuanto salimos de la zona de mercado, fue una entrada de choque en la realidad boliviana. Cuando en aquella ocasión salí de Chile no sabía que La Paz estaba cerrada por bloqueos de campesinos, de fabriles y de maestros en reclamo de salarios y derechos varios. Aquel día en concreto hubo dudas de si podíamos bajar a La Paz por la autopista a causa de los bloqueos anunciados. Al final, el destartado vehículo al que subí echó a andar y enseguida aparecieron restos de barricadas de piedras, las garitas de control quemadas y reventadas, llantas de vehículos también quemadas, un edificio mostraba huellas de incendio... el monumento al Che Guevara en ferralla presidía aquel barullo que aparecía como dormido por comparación a la zona de mercado que habíamos dejado atrás, para recobrar un par de kilómetros más abajo, por la parte de la Cervecería, que un guía espontáneo me señaló con orgullo como «la primera industria nacional». El resto de los pasajeros callaba enfurruñado.

LA PLAZA DE SAN FRANCISCO O EL GRAN TEATRO DE LA PAZ

En La Paz no caí directamente en la plaza de San Francisco, pero sí a dos pasos, en una calle de griterío incallable, el del anuncio de los viajes de los minibuses, el vocerío más familiar de La Paz, antes de los teleféricos y los autobuses urbanos, el muy civilizado Pumakaktari. Nada más dejar mi equipaje me eché a la calle y me

metí asombrado en esa plaza que entonces era un abigarrado lugar de cruce, de busca y estadía contemplativa, de reunión de conocidos y desconocidos, de tratos comerciales y profesionales, de comercio bravo y al paso, de matuteo y trampa, de pulule sin rumbo aparente, de parloteo público y privado, escenario de espectáculos más o menos improvisados, de reivindicaciones políticas y sociales a menudo violentas, de idas y venidas, centro de un mundo, mestizo y abigarrado, más incluso que de una sociedad urbana, pero sobre todo escenario de un Gran Teatro urbano como no había visto en ningún lado. Ahora, más de diez años después, ese bullebulle está muy apaciguado, apagado incluso en su espontaneidad, gracias a la reurbanización de la plaza, pero en aquel momento resultaba asombroso, excitante.

La de San Francisco no era una «plaza» en sentido estricto, no desde luego en su concepción española virreinal, como cuadrada o rectangular Plaza de Armas, en la que confluye la cuadrícula de las calles recién trazadas a cordel, sino un espacio o una sucesión de espacios y planos muy irregulares que, en conjunto, tenían una vida de auténtico vientre de la ciudad. Entonces y ahora, casi todo lo que sucede en la ciudad pasa en algún momento por ese escenario en el que los vecinos bajados de la población termitera de El Alto o venidos de la zona Sur, de Miraflores o Pampahasi, con la presencia lejana del Illimani, comen, beben, comercian, consultan a sus abogados, interrogan a yatiris y reciris que allí offician con sus mesas y sartenes, guarecidos del sol y de la lluvia bajo sus paraguas, escuchan a sus visionarios, riñen, sellan paces, atienden a su familia y hacen sus necesidades, motivo por el que en el interior de la iglesia, detrás de una puerta, había un cartel que rezaba: «¡Ojo! No ensucie. ¡Sea educado!». Sea.

GIMÉNEZ CABALLERO EN LA PAZ

Ernesto Giménez Caballero, editor, escritor, diplomático y fundador de Falange Española, entre cuyas muchas leyendas está la de hacer de casamentero entre Hitler y Pilar Primo de Rivera, pasó por La Paz en octubre de 1953, cuando fue enviado como agregado cultural de la Embajada de España en Paraguay.

Giménez Caballero, entre sus delirios y entusiasmos imperiales, escribió un libro notable sobre lo visto y vivido en su viaje: *Maravillosa Bolivia*. Se dirá lo se quiera sobre su autor, pero no se podrá afirmar que el libro carezca de documentación sobre un país del que, fallecido Ciro Bayo, nadie sabía gran cosa. Unos entusiasmos como los de Eugenio Noel, que hoy resultarían con seguridad intolerables y políticamente incorrectos. *Gecé* hizo gala en sus escritos de una erudición portentosa en materia boliviana, por mucho que uno de sus informantes fuera Fernando Díaz de Medina, de cuya biblioteca y fichero hace encomio, con su profeta Nayjama sobrevolando la hoyada.

Pero sobre todo, Giménez Caballero, que llega en tiempo de la Revolución del MNR, y no puede ignorar la represión que sufrían los falangistas que tuvieron por modelo a Falange Española, su propio partido, se va por las alturas de manera notable y echa mano de un recurso literario que vuelve a fecha fija: Cervantes en La Paz o lo que es lo mismo *Don Quijote en La Paz*, en el tambo Quirquincho, apaleado y contrito, de la mano de Juan Francisco Bedregal, de Taboada Terán o de Raúl Botelho Gonsálvez; don Quijote atendiendo a los vecinos en sus afanes, soñando Dulcineas y castigando también traidores. De su amigo el falangista Jorge Siles, dice que andaba «quijoteando» lejos para evitar decir que estaba

exiliado y que había escapado de alguno de los campos de concentración en los que los falangistas fueron encerrados, empezando por el de Carahuara de Carangas. Campos de concentración negados en una ocasión por Vargas Llosa de manera desvergonzada, como se lo hicieron ver a pie de conferencia.

Giménez Caballero vio, y eso es mucho ver, a Don Quijote en Tunupa, el dios de los volcanes y del rayo, y también en las determinaciones sociales de la revolución del MNR: reparto de tierras, reconocimiento indígena, sufragio universal, educación, posibilidad de que los originarios entrasen en la Academia Militar... A *Gecé* a visionario le ganaron muy pocos.

Se preguntaba *Gecé* qué sabría Cervantes de Bolivia cuando en 1590 pretendió el cargo de corregidor en La Paz. Se fija en Cieza de León —aquel cronista que investigó Pablo Cingolani, cuyas investigaciones y trabajos fueron saqueados por unos santos varones en ejercicio del santo abuso—, cuando el autor dice «esta tierra es buena para pasar la vida humana», pero es dudoso que Cervantes, el acosado por la perra suerte, hubiese leído a Cieza de León.

A *Gecé*, con su hispanidad militante hecha de historia y de sueño, y de nulas dotes para percibir la dura realidad boliviana de aquel momento, se le va sencillamente la olla comparando La Paz con Alcalá de Henares, en un retablo barroco de santos, poetas y soldados muy del gusto de aquellos inventores de la triste «madre patria» y muy poco del de aquellos otros que alzaban la voz de cuando en cuando, como Zárate Wilka o Fausto Reinaga que acababa de publicar *Tierra y libertad. La revolución nacional y el indio*. Nauseas da leerle cuando escribe con lirismo del «amor sindical» en tiempos del joven Juan Lechín, creador de la COB, la Central Obrera

Boliviana, que todavía da guerra, y ministro entonces de Minería, algo que *Gecé* no podía ignorar y menos almorzando en casa de Siles, vicepresidente entonces de Bolivia... No sigo, son jirones de conversaciones pacañas, ruidos que me han ido llegando en La Paz y fuera, lejos de ella.

Gecé se pregunta qué hubiera escrito Cervantes en La Paz... Novelas ejemplares, dice. Su camarada falangista, Agustín de Foxá, ante pareja pregunta dirá que no habría escrito nada, versos en todo caso, y que serían malos, desde luego *El Quijote* no. El señor conde de Foxá, y marqués de Armendáriz, no veía a un Miguel de Cervantes, adinerado gracias a su cargo, escribiendo sobre el dechado del dolor y la perra suerte.

Qué manía la de empeñarse en escribir y proclamar una historia de conquistadores y conquistados, llamando traidor al rebelde, y hasta de «vencedores y vencidos», como hace Foxá. Hoy no durarían un suspiro en escena, les habrían chicoteado los mismos Ponchos Rojos que ellos vieron como adorno del paisaje urbano de La Paz, tal vez sin el chicote al hombro entonces, pero con idéntica rebeldía de fondo, detrás de su máscara de piedra, la que les ha servido para sobrevivir. España, los españoles, qué lejos, qué ceguerras, muchos prejuicios y más agravios, insolencias..., de todo ves, de todo oyes.

—¡Que no se enteren que hay aquí españoles! — dijo alarmado aquel chofer cuando nos detuvo y retuvo una barricada de campesinos en unos descampados cercanos a Tiwanaku. Mal trago aquel, malo... a la espalda, como todos. Y otra vez las dos caras, las que tenemos todos, me temo. No conviene señalar.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1

Paisajes del mundo

JAVIER REVERTE

CO#2

El cuerno del elefante

PACO NADAL

CO#3

Postales del joven Moss

ALEXANDER BENALAL

CO#4

El camino cruel

ELLA MAILLART

CO#5

Del viaje como arte

EDITH WHARTON

CO#6

Crónica japonesa

NICOLAS BOUVIER

CO#7

En el barco de Ise

SUSO MOURELO

CO#8

El tiempo de las mujeres

ÁNGELES ESPINOSA

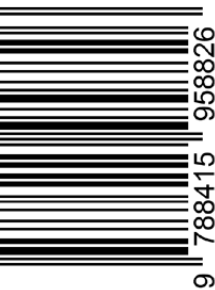
CO#9

Chuquiago. Deriva de la Paz

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

ISBN: 978-84-15958-82-6

IBIC: WTL; 1KLSL



La Paz no es París ni sus atractivos los mismos, pero allí no son los nombres de las calles, sino las calles mismas las que te atrapan: la gente, su pulule y su actividad de termitero, sus decires y lenguas, el aroma de sus guisos. Una calle te lleva a otra, un rostro a otro. La misma calle no es siempre la misma. Todas tienen sus horas. No hay ciudad mala para el vicio de callejear hasta darse por perdido, pero para ese deporte La Paz es única.

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

Si hay una ciudad amada en las geografías vitales de Sánchez-Ostiz, sin duda es esta Chuquiago, el nombre aimara de la capital boliviana, a la que va y viene desde 2004, y por contar el tiempo sumergido en ella, ya alcanza un año y medio de su vida. La Paz, ciudad de barrocos excesos, de realidades inabarcables, de acumulativa humanidad que impregna sus calles como trazadas a cordel.

Recuerda el autor que Gómez de la Serna la hubiera bautizado como cataclísmica, y de su termitero urbano han hablado los propios (Jaime Saenz y Victor Hugo Viscarra, sobre todo) y los ajenos (Allen Ginsberg, Christopher Isherwood, Paul Morand o Cees Noteboom). De Chuquiago en primera persona también escribieron los de aquí: Eugenio Noel, Ciro Bayo y Ernesto Giménez Caballero, pero ningún retrato foráneo tan arrebatado como el que nos brinda la maestría literaria y el espíritu admirativo y zumbón del autor de estas páginas. Así son sus derivas por los laberintos callejeros pacenses, así el retrato de sus personajes inolvidables impregnando un relato vibrante de pura literatura.

En Chuquiago la realidad es mera fantasía, nos recuerda Sánchez-Ostiz, «¿para qué inventarse mundos imaginarios si están en La Paz?».

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones